



PAKISTAN

EL TIFON DE LOS POBRES

DESDE hace casi dos semanas, las aguas del Ganges, río sagrado, transportan cientos de miles de cadáveres de seres humanos y de animales, los transportan hacia el mar, más allá de las islas del mayor delta del mundo. El cataclismo ha sido uno de los más desastrosos de la historia moderna. ¿Cómo es posible que en 1970 un ciclón pueda causar más víctimas —un millón según los últimos cálculos— que las bombas de Hiroshima y Nagasaki juntas?

Sin embargo, se lucha contra los ciclones. Es una lucha que abarca tres sectores: previsión, información y protección. En Estados Unidos, un servicio meteorológico especializado, el Hurricane Warning Service, acumula continuamente datos sobre las condiciones meteorológicas del litoral americano, del Atlántico y de las Antillas. Gracias a los radares, a los globos sonda, a los aviones de observación, a toda una red de estaciones y, sobre todo, a los satélites tipo «Tiros» y últimamente «Nimbus», la vigilancia de los movimientos de la atmósfera no cesa ni un solo instante; de noche se fotografía con infrarrojos.

La previsión meteorológica, blanco de los humoristas del mundo entero, puede alcanzar en realidad un alto grado de precisión. Basta con tener los medios adecuados: es posible efectuar, por medio de un ordenador y en unas décimas de segundo, análisis extremadamente complejos que antes apenas si se podían tratar. Los servicios especializados del H.W.S. son más que simples observadores; a veces in-

tervienen directamente en los fenómenos atmosféricos. Se espera pronto «matar» los ciclones en el momento de su formación sobre el mar.

La información desempeña también un importante papel: la televisión, el radio, los servicios de la policía avisan inmediatamente a los americanos de la costa Sur de la llegada de los ciclones, permitiéndoles huir a las montañas o acudir a los refugios. Al mismo tiempo se pone en estado de alerta a los servicios de protección y de intervención, que pueden acudir inmediatamente en auxilio de los sinistrados... Pero todo esto pasa en América, país superdesarrollado, no en el Pakistán Oriental. Como ocurrió cuando el terremoto del Perú, las autoridades locales tan sólo disponían de medios ridículos frente a la inmensidad de la catástrofe.

Más que nunca se plantea la cuestión de la necesidad de crear una fuerza de intervención internacional. Las grandes potencias almacenan barcos, camiones, helicópteros, medicamentos, etcétera, en previsión de hipotéticos conflictos. Una parte de estos materiales podría dedicarse, sin que ello ocasionara grandes trastornos a esas potencias, al auxilio y a la prevención de tales calamidades. Sólo así desaparecería la terrible desigualdad frente a la desgracia entre países desarrollados y subdesarrollados: el año pasado, el huracán «Camille» causó poco más de 200 muertos en el Mississippi; de haber sido en el Pakistán, los muertos hubiesen sumado doscientos mil...

■ ALAIN JAUBERT.

art
buch
wald

LA FUGA DE CEREBROS NEGROS

WASHINGTON.—Una de las razones del fracaso del programa de capitalismo negro del Presidente Nixon es el agravamiento de la fuga de cerebros negros en este país.

Un hombre de negocios negro me dijo el otro día que cada vez que alguien acaba de formarse en su organización se presenta una compañía blanca y se lo lleva.

—Todo lo que están haciendo las comunidades mercantiles negras es formar a gente negra que luego les arrebataban los capitalistas blancos, dispuestos a pagar lo que sea con tal de tener en sus organizaciones a negros competentes.

—Hace unos cuantos meses envié a mi jefe de publicidad a una revista para tratar de una campaña. No le he vuelto a ver el pelo. Le dieron trabajo en la misma revista.

—Cada vez que viene un blanco a mi oficina a hablar de negocios se lleva a alguna de mis secretarías.

—He tenido aquí a chicas que al principio escribían a máquina a razón de sesenta pulsaciones por minuto. Tuve paciencia con sus errores, su lentitud, su confusión, hasta que conseguí que diesen trescientas pulsaciones. Pero... ¿qué pasó entonces? Que se las llevaron la Xerox, la IBM, etcétera. Y vuelta a empezar.

—Pues si que tiene usted problemas... —le dije.

—Me da miedo enviar a mi gente a entrevistarse con clientes blancos. Y me da también miedo que vengan aquí a verme. ¿No le parece una forma un tanto extraña de administrar un negocio?...

El hombre de negocios entrevistado por mí me aseguró que no era la única víctima de la fuga de cerebros negros.

—Tengo un amigo negro en el negocio de las concesiones. Le convencieron para que se abriera un restaurante para automovilistas. Le prometieron todo el dinero y toda la ayuda que necesitase. Pero cada vez que le llega alguien competente, la empresa concesionaria nombra a éste administrador auxiliar y le pone al frente de otro restaurante; mi amigo tiene la impresión de estar dirigiendo una escuela de hostelería.

—Otro amigo mío tiene un bufete de abogados negros y tiembla cada vez que envía a uno de sus jóvenes abogados para que se haga cargo de un caso en cooperación con un bufete de abogados blancos, porque sabe que éstos tratarán de arrebatárselo. ¿Cómo va a prosperar el capitalismo negro cuando se llevan a nuestros mejores hombres?

—Supongo que es algo que no se le ocurrió al Presidente Nixon —dije.

—Pero tampoco es exclusivo del mundo de los negocios. Ocorre otro tanto en la Universidad, donde los blancos están llevándose a los mejores elementos de las Universidades negras. Cada vez que una Universidad blanca se entera de que en determinada Universidad negra hay un buen profesor negro, le ofrece un sueldo doble del que está cobrando y hasta el decanato de la Facultad con tal de llevarsele.

Sin embargo, el año pasado les salió el tiro por la culata en la Universidad de Howard. Cierta Universidad del Midwest andaba buscando un profesor negro para su Facultad de Ciencias y llamó a la de Howard por si tenía alguno disponible. No especificaron raza, dando por supuesto que enviarían a un negro. Howard sugirió el nombre de alguien, y la Universidad del Midwest aceptó inmediatamente. ¿Cuál no sería la sorpresa de las autoridades de esta Universidad cuando se dieron cuenta de que habían contratado a otro profesor blanco!

—¿Qué cree usted que debe hacer el gobierno en un caso así? —le pregunté.

—Bueno, si nuestra misión consiste en formar personal negro con destino a empresas blancas, es justo que el gobierno y las compañías blancas nos paguen por ello. Ahora bien, en vez de llamarnos compañías, deberían llamarnos consejeros laborales. De ese modo nos ahorraremos ataques de nervios y quebraderos de cabeza...

(Copyright 1970, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service Inc. Agencia Zardoya.)